

INFANTIL



© Del texto: 2011, Emelda Ramos
© De las ilustraciones: 2011, Adela Dore

© De esta edición:
2012, Santillana
Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue
Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana
Teléfono 809-682-1382 • Fax 809-689-1022
www.loqueleo.com/do

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-600-9
Registro legal: 58-347
Impreso en Perú

Primera edición: febrero de 2012
Primera reimpresión: octubre de 2014
Segunda reimpresión: marzo de 2017
Tercera reimpresión: octubre de 2019

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

El último aon

Emelda Ramos

Ilustraciones de Adela Dore





Esta historia aconteció en el tiempo de Las Encomiendas, cuando se llevó a cabo el repartimiento de los caciques y sus indios, entre los poderosos de la Colonia española.

Cierto hidalgo, a quien tocó en suerte una gran cantidad de encomendados, en algún lugar del cacicazgo de Maguá, viéndose amenazado por la cuantiosa deuda que tenía pendiente con un codicioso funcionario de Santo Domingo, acordó pagarle con indios. De tal manera contó y justificó a sus encomendados: un noble nitaíno y su tribal familia de doce hijos con sus cónyuges y su numerosa prole, sin dejar a sus consuegros, sus naborías o servidores, más un anciano behique con sus aprendices de buhitiho. Así saldó en total cincuenta mil maravedíes.

Muchos de los indios habían acudido esa mañana a la celebración de la misa. El ambiente parecía en calma, por eso se sorprendieron cuando sonó un fotuto justo cuando se disponían para

el almuerzo. A sabien-
das de que ese día y a esa
hora no había trueque,
juego de pelota, areíto o
ceremonia alguna, par-
tieron apresurados y en
fila hacia la gran expla-
nada o batey de la villa.

Allí no les lla-
maron por sus nombres,
tan solo revisaron sus
piernas, brazos y hom-
bros para confirmar que
tenían el tatuaje corres-
pondiente a las iniciales
del apellido de su due-
ño, tal y como marcan a
las reses de ganado.





A seguidas, sin mediar otra orden ni instrucción, aquellos indios e indias, por centenares, fueron puestos en marcha con el sol en sus cabezas, arreados por cuadrillas de a seis guardias blancos que, desde las monturas de sus caballos, les mantenían agrupados mediante cuerdas, empujándoles a caminar hacia su nuevo destino de vasallaje:

una estancia cercana al río Isabela.

En las tierras de su nuevo encomendero, trabajarían los hombres en el cultivo y trapiche de la caña; los jóvenes se ocuparían del acarreo de piedras y troncos, de la caza y la pesca; las mujeres mayores elaborarían casabe y cestería, mientras las mozas entregarían sus manos a la alfarería y al lavado de oro.

